

4

# La despedida de Mariano Brull del Uruguay

**El diplomático cubano fué objeto de muy especiales distinciones por parte del Gobierno y la intelectualidad de Montevideo**

Por lo que significa de honor para la diplomacia cubana, nos complacemos en reproducir a continuación los discursos cambiados entre el señor Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, doctor Fructuoso Pittaluga, y el doctor Mariano Brull, que hasta hace poco fuera Embajador de Cuba en aquella Nación. Los discursos fueron pronunciados en el gran acto de despedida a Brull, al cual concurrieron la intelectualidad y las figuras principales del Gobierno uruguayo.

He aquí el discurso del señor Ministro de Relaciones Exteriores:

"Señor Embajador de Cuba.  
Excelencias.  
Señores:

Una vez más nos hemos reunido para despedir a un amigo. Una vez más es mi difícil deber desearle un adiós a quien vemos partir con verdadera tristeza.

Debo declarar sinceramente que es para mí especialmente penoso despedir al Excelentísimo señor Embajador de Cuba, doctor Don Mariano Brull. El embajador Brull sólo ha estado con nosotros un breve tiempo, sin embargo, estoy seguro que todos lo sentimos como un antiguo compañero.

En cuanto a nosotros, los uruguayos, ese sentimiento es el fiel reflejo de estrechos vínculos espirituales que nos unen no sólo a la Patria del Embajador Brull, sino también a él mismo.

Hemos vibrado frente a las luchas heroicas de Cuba, a sus gestas en el camino de la realización de sus ideales nacionales, con la profundidad que da la simpatía de quien ha atravesado las mismas experiencias y ha soñado los mismos sueños.

El embajador Brull no sólo personifica esa hermandad de espíritu, sino que, aún más, tiene raíces propias echadas en las fértiles tierras de nuestro afecto, nuestra cultura y nuestro espíritu. Parecería que los largos años que pasaron sin que el Embajador Brull viniera a representar a Cuba, fueron un período de estrechamiento de lazos de maistad y afinidad, un verdadero exordio de la obra que un día haría en el Uruguay.

Porque el embajador Brull llegó aquí, a su casa. Desde el primer día pudo continuar en persona la relación que desde lejos tenía con nuestros hombres y nuestras cosas.

Las manifestaciones de su espíritu selecto, de fino literato, nos eran conocidas. Su poesía inspirada y musical; sus traducciones "fervientes", como se ha dicho de ellas, de poetas que sentimos y amamos, fueron su introducción a nuestro mundo cultural.

También con él hemos defendido los más variados problemas, en esa identidad de ideales que une a nuestros dos pueblos. En la Sociedad de las Naciones nos preocuparon las mismas cosas; los problemas de la cooperación intelectual eran dominados por él y en los momentos finales de la Sociedad, antes de que renaciera en las Naciones Unidas, fué él uno de los que mantuvieron viva la llama de la cooperación intelectual, para que de ella naciera esa esperanza de la humanidad: Unesco.

Creada Unesco le brindó sus energías y su imaginación.

Pero también en otra lides hemos estado con él. En los difíciles momentos de la guerra contribuía con imparcialidad y juicio sereno a la solución de graves problemas para las economías de los países americanos, que se dilucidaban en el Comité Consultivo Económico y Financiero Interamericano.

Cuando nació la Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas, con la esperanza de dar abrigo y alimentos al hombre, allí también estaba este denodado luchador por las dignidades fundamentales de la persona humana.

No quiero ni referirme a sus brillantes triunfos diplomáticos, a los que ahora debe agregar los laureles que lleva de mi país. Su personalidad y su obra siempre desbordaron el molde amplio, pero sin embargo más estrecho, de la gestión diplomática bilateral. Fué por eso que cuando llegó el Embajador Brull, sólo significó que también estaría físicamente entre nosotros, ya que en espíritu llevábamos largo batallar, largo soñar y largo realizar juntos.

Es triste que su presencia aquí no haya sido de toda la extensión que hubiéramos desado, pero si ha reafirmado todos los lazos que a él nos unían desde hace mucho, lazos de permanente afecto y admiración.

Señor Embajador:

Al hacer mis votos por vuestra ventura personal, al expresar mi anhelo por que siempre tengáis sentimientos fraternos hacia el Uruguay, también os digo: gracias por todo aquello de bueno y amable que, emanando de vuestra persona y de vuestra obra dejáis en mi país".

Y he aquí la respuesta de Mariano Brull:

Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Excelencias.

Señores:

Suele ser normal que en la vida de un diplomático, llegadas y partidas se correspondan de acuerdo con un cierto ritmo cronológico, según alternativas que a veces suelen coincidir aparentemente con el oscuro designio del azar. En mi caso, designios circunstanciales han abreviado la hora de mi partida agregándole por esta misma contingencia un matiz imprevisto a la emoción de la despedida.

Por su natural gravitación afectiva, la despedida toca siempre cen-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

4

9

0000153

tros de sensibilidad que nos predisponen al sentimiento de nostalgia, porque en toda partida hay siempre algo de la mano del destino.

Todo el mundo sabe por experiencia propia, que cualquiera que sean sus móviles, la partida, aún suponiéndola en las condiciones más favorables, envuelve un acto de renunciación que se consume de manera brusca y nos priva así, de inmediato, por un cambio de panorama, del contacto de personas y de cosas que ya las sentíamos incorporadas a nuestro vivir cotidiano, por no mencionar cuanto en el puro orden del espíritu dejamos atrás abandonado en una brizna de meditación evocadora, en una grata memoria, en un rincón urbano o en un paisaje favorito...

La partida rompe súbitamente toda esta red compleja y delicada de relaciones de diversos órdenes que hemos anudado con cuanto nos rodea. En mi caso, por haberme sentido desde el primer día de mi llegada como en tierra prometida por un impulso espontáneo de adaptación inmediata, la emoción de la despedida se ha revestido de un acento muy particular. Yo no podré olvidar nunca, cuánto la hospitalaria generosidad uruguaya —y digo así, porque he recibido los más variados testimonios de simpatía— ha realizado en el plano de las manifestaciones del afecto, para demostrarme su sentimiento por mi próxima ausencia. Por otra parte, a este propio Ministerio de Relaciones Exteriores le soy deudor de ancha gratitud por la gentil cooperación que me ha prestado en todas las ocasiones en que he solicitado su concurso. ¿No es de extrañar por tanto, señor Ministro, que ante tales manifestaciones de bondad, este particular trance de despedida se ilumine para mí con luces nada usuales, bien diferentes de las acostumbradas? Yo sé ya por grata experiencia del suave y benéfico influjo de esta tierra privilegiada que es al mismo tiempo que remanso, oasis prometedor, en medio de una América propensa a la inquietud conmocionada. Yo sé bien todo el valor de lo que voy a dejar detrás de mí con mi partida. Yo siento ya en la emoción que me embarga como el tenue parpadeo del sentir anticipado suavemente melancólico de la añoranza futura. Donde encontramos un poco de la felicidad que nos es dable, hay siempre una voz en el aire que nos lo recuerda y que nos sigue a donde quiera que vamos. Pero si regresamos a nuestros lares, otras voces se entrecruzan, y en este duelo de sirenas, el viajero se entrega a la nostálgica contemplación de cuánto ha quedado atesorado en los rincones de la memoria mientras se va acercando el suelo patrio.

Es cierto, que mi estancia en la patria de Artigas, no ha sido tan larga como yo hubiera deseado, pero tampoco ha sido tan corta para no permitirme el haber sido testigo y haber vivido de cerca, junto al discursar del proceso histórico de una democracia que para mejor afirmarse y defenderse no se arredra ante los rigores que libre y voluntariamente se impone; democracia que no deja decaer su fervor activo y sigue buscando nuevas fórmulas de convivencia ciudadana, y de estabilidad y progreso democrático, y no se arredra tampoco de implantar cambios profundos, si lo considera

necesario, a la misma estructura constitucional del Gobierno, experiencia que por el solo hecho de llevarla a cabo, demuestra un alto grado de madurez política.

Para aquel que no puede dejar de asociar el sincero ejercicio de la democracia al goce pleno de la dignidad ciudadana, éstas son enseñanzas inolvidables, que cobran una más alta significación aún, cuando el testigo es hijo de América, y contempla con mirada tan llena de cuidados como de esperanza, el panorama de lucha en nuestros países por el verdadero progreso cívico. Para todos nuestros pueblos tienen aún vigencia aquellas palabras de nuestro Martí, un tanto desgarradas acaso, pero llenas de fe profunda en los destinos de nuestra América, así dice:

“América, gigante fiero, cubierto con harapos de todas las banderas que con los gérmenes de sus colores han intoxicado su sangre, va arrancándose sus vestiduras, va deslizándose de estos residuos inamalgables, va sacudiendo la opresión moral que distintas dominaciones han dejado en ella, va redimiéndose de su confusión y del servilismo de las doctrinas importadas, y vive propia vida, y ora vacilante, firme luego, siempre combatida, estorbada y envidiada, camina hacia sí misma, se crea instituciones originales, re-forma y acomoda las extrañas, pone su cerebro sobre su corazón, y con tanto sus heridas, calcula sobre ellas la manera de ejercitar la libertad”.

América toda hoy, acaso más que antes si cabe, se mira reflejada en este espejo parpadeante, y no con imagen de desesperanza, al contrario, con el optimista vaticinio de quien conoce bien la naturaleza humana, —para decirlo con sus palabras— “la pelea eterna del vientre contra el ala”. Precisamente, por conocernos bien nuestro Martí, mantuvo siempre intacta su fe en el destino de nuestros pueblos. En casi todos ellos dejó vestigios de su privilegiado intelecto y de su desbordante corazón y de manera muy particular en la patria de Vuestra Excelencia donde supo crearse vinculaciones indestructibles y de la cual participó a distancia de su generoso patrocinio.

Permitidme, por tanto, señor Ministro, que me despida de Vuestra Excelencia y de todos cuantos me escuchan, con el nombre de José Martí en los labios a guisa de talismán, en homenaje de ser éste el año de su centenario. Al conjuro de este nombre puro y esclarecido en grado supremo, que si designa un hombre que nació en mi país, el pedestal ideal de su estatua lo forma todo el continente, porque fué el héroe máximo de una lucha a la cual arrojó como armas revolucionarias su trascendental mensaje de amor y de paz. En este sublime mensaje transido de adivinaciones y vaticinio, la América toda, la que según el verso de Rubén Darío “aún reza a Jesucristo y aún habla en español” encontrará siempre inspiración y luz para los grandes propósitos.

Sólo me resta, señor Ministro, como últimas palabras de despedida, decirle a Vuestra Excelencia con cuán profunda emoción he escuchado las suyas tan excesivamente generosas que me he sentido entre deslumbrado y atónito. Reciba mis gracias mas emocionadas”.

*Am, Feb 7/54*

**IP**  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA